



Hagamos historia. Respuesta a Por qué perdimos?¹

Por Matías Artese, Carla Bertotti, Pablo Bonavena, Inés Izaguirre, María Maneiro, Flabián Nievas, Gabriela Roffinelli, Agustín Santella, Mercedes Vega Martínez²

Queremos hacer algunas puntualizaciones sobre el artículo y propuesta de investigación del equipo del CEICS- RyR en el cual se plantea -a partir de su legítimo interés como parte de una fuerza política identificada con las luchas revolucionarias de los 70- indagar las razones de la derrota.

Desde que iniciamos la investigación en 1986 y fuimos constituyendo un grupo de trabajo³, tratamos de respondernos diversos interrogantes, formulados, como es obvio, con mucho menos conocimiento del tema que hoy, y con poca investigación previa disponible. Queríamos conocer quienes y cuántos eran los desaparecidos, cuál era su identidad política y social y cuál era el carácter social de las fuerzas que confrontaron pues estuvo presente desde el inicio la imagen de la guerra civil en Argentina. En este último punto no fui la primera, dice Izaguirre, en sostener esa mirada, pero sí lo fue el grupo del CICSO del que formaba parte y la mejor prueba fueron los trabajos que allí se publicaron en las décadas del 70 y del 80, que eran distribuidos en forma de Cuadernos, en círculos académicos restringidos en plena dictadura, casi todos los cuales se ocupaban de estudiar las confrontaciones que se venían dando en Argentina, particularmente a partir del Cordobazo y los Rosariazos⁴.

La primera (y única) investigación empírica, cualitativa y cuantitativa, de los enfrentamientos armados de 1973-76 anteriores a la dictadura, la hizo Juan Carlos Marín en "Los hechos armados"⁵. Ese trabajo, publicado por primera vez en el CICSO de Argentina en 1978 en forma de cuaderno de

¹ Artículo publicado en *Razón y Revolución*, N° 12, verano de 2004, del equipo de investigación del CEICS-RyR, Guillermo Cadenazzi, Walter Sánchez, Gonzalo Sanz Cerbino, Eduardo Sartelli y Romina Urones.

² Los autores son miembros del Programa de Investigaciones en Conflicto social del Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS, UBA, e investigadores del proyecto "El genocidio en la Argentina". Esta respuesta es el resultado de un análisis y discusión colectiva.

³ La investigación estuvo dirigida desde entonces por Inés Izaguirre. Pablo Bonavena formaba parte del grupo inicial.

⁴ Hablamos no sólo de la última dictadura militar sino de la anterior. Poco después del Cordobazo el CICSO publicó en forma de libro una investigación colectiva "Lucha de calles, lucha de clases" que incluía el material de entrevistas realizadas al pie de las barricadas, mientras se producían los hechos.

⁵ Esta investigación tuvo numerosas reediciones, la primera de ellas publicadas en 1976 en México y en 1978 en el CICSO de Argentina, la última reeditada este año (2004) por La Rosa Blindada, en cada una de las cuales el autor ha vuelto a reflexionar sobre el significado de los datos que recogimos entre todos pero analizó él, en el exilio y que, a nuestro juicio, ya constituye un clásico. Como la última edición hace un recorrido por toda la bibliografía del autor donde desarrolla su concepción teórico-metodológica, además de los antecedentes de la investigación



distribución restringida, proporciona ya entonces una respuesta a la pregunta que ocupa al equipo del CEICS-RyR, y que da título al artículo que estamos respondiendo. Sólo que, como suele ocurrir, el espacio político y social para enunciarla en aquel momento no era propicio en un ámbito académico mayor que el de quienes compartíamos la pregunta y comenzábamos a darnos cuenta del significado de la respuesta. Baste señalar que aquel Cuaderno publicado en 1978 produjo entonces diversos llamados de atención y medidas “preventivas” por parte de los miembros de varios centros privados de investigación ⁶. La respuesta que permitía el análisis científico del proceso de las luchas, precisado en cifras por primera vez en ese trabajo, era que la derrota se había producido objetivamente ya a fines del 75 y/o comienzos del 76, antes del 24 de marzo, lo cual no tenía que ver con la conciencia subjetiva de sus protagonistas⁷. Por el contrario, Marín señalaba que una de las debilidades estratégicas de la fuerza revolucionaria era *la precariedad de su conocimiento acerca de la necesidad de conocer científicamente* la situación en cada momento de la lucha, o sea realizar las funciones de un “estado mayor”, ó de una central de inteligencia unificada que no sólo debía señalar dónde golpear, sino que éste señalamiento debía resultar del análisis de las bajas infligidas al enemigo y de las producidas por el enemigo en el propio campo, luego de cada encuentro. Ese conocimiento hubiera permitido reconstruir la estrategia, o trayectoria tendencial de la fuerza, no sólo de la propia sino de la enemiga. Sin ese conocimiento resultaba imposible además realizar otra de las reglas de oro de la guerra que es la de consolidar los aliados del propio campo y debilitar los del antagonista. La realidad es que en el momento de la lucha la fuerza revolucionaria sólo tuvo esa capacidad en forma precaria, porque *estaba en un estadio incipiente de su formación*: había porciones de la fuerza que hacía pocos meses que habían decidido “la unidad en la acción” pero no todavía en el plano político-ideológico ni en la reflexión. La posibilidad de una *central de inteligencia unificada* requería primero de una unidad organizativa política. El enemigo en cambio contaba con una unidad política, ideológica, organizativa y estratégica no sólo nacional sino supranacional -el Plan Cóndor- que no era sino la expresión específica de la larga y secular experiencia de dominio que tiene la burguesía, y su central de inteligencia a nivel mundial, que venía abatiendo con éxito las incipientes formaciones revolucionarias en los países limítrofes, ya

que mencionamos, no podemos menos que recomendar su lectura al equipo de jóvenes historiadores del CEICS –RyR.

⁶ El director de uno de los Institutos más antiguos y prestigiosos de Buenos Aires, nos pidió que nos lleváramos todas las publicaciones, pues no las iban a vender ni a exhibir más, por razones de seguridad.

⁷ A lo largo de nuestra tarea docente en el Taller de Conflicto Social, invitamos en varias oportunidades a militantes armados sobrevivientes de las luchas de los 70, a quienes preguntamos acerca del momento en que toman conciencia de la derrota. En el mejor de los casos la respuesta fue “hacia fines del 76”.



fueran políticas o político-militares. En Argentina ya habían probado su superioridad produciendo el aislamiento de las distintas formaciones políticas revolucionarias de sus bases sociales, por medio del asesinato político de la militancia popular durante todo el año 73 y comienzos del 74, período en que constituyen el 80% de las bajas (Marín, op. cit., pág. 94 y ss y cuadro 10). El otro punto en que mostraron su superioridad es en la *urgencia provocada* de la confrontación con las fuerzas revolucionarias incipientes, provocación que fue respondida sobre todo con la lucha militar, que impedía la reflexión en el campo de la lucha política, y la constitución de alianzas. La lucha de clases al interior del peronismo, que era hegemónico en los sectores populares, visualizada y estigmatizada por el propio Perón como “traición” de las “formaciones especiales”, retomaba la vieja tradición maccarthysta de la dirigencia peronista, constituyendo un obstáculo insalvable para la ampliación de la base social de los grupos revolucionarios. Los únicos que advertían esa arremetida eran unas pocas organizaciones de izquierda no peronistas⁸ y la vieja militancia peronista de la “resistencia”. En tales condiciones era difícil organizar la lectura de los hechos armados, *pero era una empresa posible*, ya que Marín inició su tarea desde el exilio en 1975, casi simultáneamente con la derrota y el desbande de los grupos revolucionarios, utilizando *noticias periodísticas al alcance de todos*, publicadas en los tres años previos a la dictadura, cuando la información era profusamente difundida por la prensa escrita, y que codificábamos en Buenos Aires, en un verdadero trabajo de equipo. Al poner el énfasis en la acción directa, sin el conocimiento y la reflexión sobre la acción, cuya necesidad las fuerzas armadas de la burguesía habían aprendido por lo menos desde Clausewitz, la fuerza revolucionaria tenía una debilidad intrínseca, aunque revestida de un fuerte voluntarismo moral, pero que objetivamente evidenciaba la improvisación e inexperiencia correspondiente al estadio de formación de su fuerza. Para llegar a esa conclusión Marín debió construir no sólo un código sobre los datos de las noticias periodísticas en el período del gobierno peronista 73-76, sino que debimos registrar la totalidad de las noticias, para construir luego una unidad de análisis que permitiera recuperar la trayectoria de la lucha, que él encontró en la categoría “bajas”. Esto, que hoy parece una obviedad, fue resultado de un proceso de análisis y conocimiento, o sea de articulación entre teoría y realidad. En el momento que se construyó ese código las bajas eran sólo muertos, heridos y prisioneros. *No porque no hubiera desaparecidos, sino porque esa categoría de bajas sería descubierta por nosotros recién cuando comenzó a tener existencia social, a mediados del año 1978. ¿Significa eso que antes del 24 de*

⁸ Carla Bertotti señala que en las entrevistas realizadas a ex militantes del ERP en Córdoba, éstos eran los únicos que tenían claridad sobre el significado del “Navarrazo” (febrero del 74) como golpe institucional promovido desde el gobierno nacional y la dirigencia de las 62, dirigido contra el



marzo no hubo desaparecidos? No! Significa primero que no había sido pensada ni enunciada socialmente esa categoría especial de bajas. Sí se hablaba de secuestrados, chupados, etc. Significa que ignorábamos lo que supimos varios años después: que esa forma de baja había sido cuidadosamente estudiada en la metodología de guerra contrainsurgente, precisamente por sus efectos devastadores en la subjetividad de la fuerza enemiga, con el objeto de provocar terror y desarme moral. Ignorábamos también lo que hemos podido reconstruir hoy: que en Tucumán el 41% del total de las bajas, de las cuales el 19 % eran muertos, fueron anteriores a la dictadura; que en Córdoba, el 35% y en Santa Fe-Rosario el 33% del total de las bajas también eran anteriores a la dictadura, y que el 8% de esas bajas eran muertos en Córdoba y más del 50% en Santa Fe-Rosario. Y cuando hablamos de “muertos” en todos los casos, estamos diciendo solamente que “se halló el cadáver”. Esto no sólo indica que pudo haber estrategias diferentes para tres regiones del país con fuerte presencia obrera sino que cada región merece ser estudiada en sí misma porque los procesos de lucha difieren entre sí, obedecen a situaciones específicas, aunque todas se enmarcan en la situación de guerra civil o guerra de clases ⁹.

Una década y media después de aquella primera publicación sobre “Los hechos armados”, cuando aparece el Cuaderno sobre los desaparecidos (Izaguirre, 1992) eran todavía pocas las publicaciones en nuestro idioma sobre el tema que excedían el ámbito de las organizaciones de DDHH o los círculos políticos de militantes y están casi todos citados en dicho Cuaderno. Basta consultar el muy importante trabajo sobre los Montoneros, de Gillespie, publicado en 1987 y se verá que, aunque trabajó en Argentina gran parte del tiempo, la mayor parte de la bibliografía que utiliza está en inglés, producida y consultada fuera del país, y que los documentos de las organizaciones armadas que registra no estaban disponibles en ninguna biblioteca argentina. Nuestro mundo académico no hablaba ni investigaba sobre el problema. No sólo había una resistencia ideológica fortísima a admitir que en Argentina había habido guerra, (a lo sumo se aceptaba que había habido guerra entre aparatos – los dos demonios- de los cuales uno o ambos, según distintos autores, padecía locura) sino que las familias de los caídos consideraba que ésta era una “interpretación” interesada de los militares. Dos años después del Cuaderno sobre desaparecidos, en septiembre de 1994, Izaguirre presentó una ponencia -“Obstáculos a la reflexión sobre los enfrentamientos en la Argentina de los 70“, que en 1995 se publicó como “Pensar la guerra”- en unas Jornadas del Instituto Germani. Mientras exponía sobre la tesis de la guerra en la Argentina, y planteaba que su negación era un

gobierno provincial. Pablo Bonavena registra a su vez, en el mismo hecho, la unidad estratégica entre la conducción de la CGT y la policía provincial.



obstáculo para la reflexión, se sentía la tensión del auditorio ante esas palabras, ya que ningún expositor había hablado del tema. Lamentablemente se cerró la discusión, por “razones de tiempo” antes de que comenzara. Nuestro equipo trabajó mucho en esa dirección. Organizamos una materia teórica en la Facultad, que hoy son dos, y un taller de investigación. Hicimos varias publicaciones¹⁰. Afortunadamente esa resistencia ideológica ha ido cambiando. Mucho contribuyeron también las publicaciones de periodistas sobre los militantes y de los militantes mismos relatando sus experiencias. Diez años después esa discusión está abierta, hay una mayor conciencia en la sociedad – particularmente en el campo popular que incluye a los organismos de DDHH - acerca de las confrontaciones de los 70, y si bien se produce cierto resquemor en distintos medios políticos y sociales cuando se habla de “guerra” (con el aditamento que se prefiera, contrainsurgente, revolucionaria, de clases, etc) y el mundo académico e intelectual resulta todavía el más resistente, se trata de un debate instalado. También está instalada la conciencia de la “derrota”, noción que costó tanto o más instalar que la primera. Nos quedan todavía dos problemas para responder, sobre los que diremos pocas palabras, porque esta respuesta se ha hecho muy larga, y estos conceptos tendrán mayor desarrollo en el libro que estamos escribiendo. Uno, que hace al concepto de “clase obrera”, que en el marxismo es un concepto dinámico y dialéctico, no clasificatorio, dado que la clase “para sí” es la articulación de fracciones de distinto origen social, que se alinean juntos en la lucha, en una misma *fuerza social*. Esa fuerza social *se hace* revolucionaria en un largo proceso de luchas, *no es* revolucionaria según contenga más o menos obreros, sino según cuántos cuadros y destacamentos van tomando conciencia revolucionaria¹¹, y puede dejar de serlo después de una gran derrota. A los fines del análisis del estadio de desarrollo en que se encuentra una sociedad, es necesario conocer las fracciones “en sí” que contiene la estructura, pero el carácter revolucionario de una fuerza no se lo otorga la dominancia estadística. Otro, que hace al problema del *uso de la noción de genocidio, que, en nuestra concepción es la matanza que sobreviene luego de la derrota, cuando la fuerza social contrarrevolucionaria se fija como meta el exterminio del enemigo*¹². En muchos trabajos en los que se aborda lo que nosotros damos en llamar genocidio, se centra la

⁹ La gran proporción de muertos en la Pcia. de Santa Fe por ejemplo, son en su gran mayoría de 1975 y corresponden a las persecuciones posteriores al Operativo Serpiente Roja del Paraná (Villa Constitución).

¹⁰ Bonavena, P., Maañón, M. Morelli, G., Nievas, F. Y otros: *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, y numerosos artículos.

¹¹ Recomiendo enfáticamente la relectura de *Qué hacer*, escrito por un revolucionario -que además hizo una revolución- especialmente el cap. IV, punto c.(en la edición de Edit. Progreso, cfr.pág.229)

¹² En el Diccionario de la Real Academia Española en su 21ª edición de 1992, el término genocidio aparece de la siguiente forma: (del latín: geno: estirpe; cidio: matar) exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivo de *raza, de religión o de política*.



atención en la participación del Estado –la clásica nomenclatura “terrorismo de Estado”, es la figura que resume muchas de estas aproximaciones--. Nosotros entendemos al Estado como una institución articuladora de relaciones sociales, como “el estado del poder” entre las clases. La fetichización del Estado puede volvernos invisibles las relaciones sociales entabladas entre miles de personas con el objeto de llevar adelante el genocidio. Es por ello que, en este trabajo, intentamos enfocar la atención, más en la fuerza social que produce y realiza el genocidio que en el Estado como aparato por medio del cual se produce y realiza la masacre. Aún así, consideramos que es importante tener en cuenta que el término “genocidio”, como ya se expresa en su etimología, posee un *contenido sustancialista* en relación con el móvil de la matanza, que oscurece la matriz político-ideológica y de clase del proceso al que hacemos referencia. Cabría decir que no sólo la etimología tiende a oscurecer la matriz política de la matanza, sino que existen posturas político-ideológicas hegemónicas que tienden a reproducir y reafirmar el contenido sustancialista de la noción ¹³.

En la teoría clásica de la guerra (Clausewitz) este estadio de máxima violencia era el del aniquilamiento del enemigo, generalmente la burguesía de otro país; la meta de la guerra era la consecución de la victoria, que se lograba con el *sometimiento del enemigo y su desarme moral y material*. No se buscaba su destrucción total. En la guerra contrarrevolucionaria el nivel más alto de violencia se consigue con el *exterminio* – material y moral- del enemigo, incluídos sus cuerpos, porque son portadores de relaciones sociales antagónicas e incompatibles. Aunque se lo siga llamando *aniquilamiento* - pues siempre queda una porción que se considera “recuperable” - como ocurrió en Argentina con una fracción de Montoneros, y el exterminio se haya centrado en el ERP, considerado el “núcleo duro” del enemigo. La dictadura se instala sobre un territorio derrotado militarmente, aunque no moralmente. El desarme moral se produce con el genocidio, que siguió a la derrota¹⁴, como lo indica el mapa social del exterminio que estamos construyendo. Los textos de

¹³ No es azaroso que se haya vetado el término “político” como móvil de la matanza en la Convención Sobre Genocidio de la Organización de las Naciones Unidas, es el resultado del veto de los Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña. Sin embargo, tomando en consideración este “peligro”, es importante destacar que estas líneas toman en consideración la fuerte polémica desatada a partir de la ponencia presentada por Silvia Sigal en el II Encuentro sobre la Construcción de la Memoria Colectiva realizado entre los días 2 y 4 de agosto de 2001, en la cual la autora, apoyándose en la definición dada por las Naciones Unidas (que trabaja a partir de la idea de crímenes raciales o étnicos), puso en cuestión el uso de la categoría “genocidio” para referirse a los crímenes de la última dictadura (una reseña sobre la perspectiva presentada y el debate suscitado se puede encontrar en la revista *Puentes*, nro. 5, octubre de 2001).

¹⁴ Actualmente ha comenzado a hablarse en España – tema hasta ahora censurado- del genocidio posterior a la guerra civil, en el cual Franco hizo fusilar, en los 15 años siguientes a 1939, medio millón de españoles más, mientras el mundo estaba ocupado con los avatares de la Segunda guerra mundial y sus consecuencias.



teoría contrainsurgente tienen total claridad en este cambio de parámetros ¹⁵. Solo nos resta recomendar a los autores del artículo que comentamos que es necesario conocer todo lo que ya se ha investigado y publicado sobre un problema antes de ponerse a investigar. Es lo que suele llamarse revisar “el estado del arte”.

¹⁵ Véase principalmente Waldmann, Peter : “Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular”, en Waldmann P. Y Linares, F. *Sociedades en guerra civil*, Barcelona , Paidós, 1999; Siegel, Daniel y Hackel, Joy: “El Salvador: la nueva visita de la contrainsurgencia” en Klare, Michael y Kornbluh, Peter : *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80*, México, Grijalbo, 1990; Bello, Walden: “Guerra de baja intensidad en Filipinas: Campo experimental de la contrainsurgencia”, en Klare, Michael y Kornbluh, Peter, op.cit.; Meigs, Montgomery “Pensamientos no convencionales acerca de la guerra asimétrica”, en *Military Review*, septiembre-octubre de 2003.